

a sangrante caricatura y no ejemplo, su poder absoluto. Cuenta Julio César Chaves: «Ese terror escapa las fronteras y también del tiempo. Muerto ya, no hay campesino paraguayo, según refiere Demersay que no haga lo propio que los emigrados: ponerse de pie y descubrirse reverencioso cuando se recuerda al Finado»¹⁵.

El Supremo es el señor de su país y de su época, pero también de la historia total del Paraguay y del tiempo. Protagonista de la novela quiere dominar las palabras, los recursos del compilador, las asechanzas de la invención. Dice a su secretario Patiño: «Del poder Absoluto, no pueden hacerse historias. Si se pudiera, El Supremo estaría de más: en la literatura o en la realidad». La historia es la crónica mortuoria del pasado. Estar en la historia es estar en la muerte y la dictadura perpetua no tiene fin, se prolonga en el tiempo hasta nuestros días. El Supremo piensa que nadie que no sea igual a él puede escribir la historia real o la historia inventada, las historias, la literatura. Tiene mala opinión de los literatos: «¿Quién escribirá esos libros? Gente ignorante como tú. Escribas de profesión. Embusteros fariseos. Imbéciles compiladores de escritos no menos imbéciles». El Supremo desconfía de las palabras. Según él son peligrosas. Los escritores pueden utilizarlas como mentiras, palabras de astucia, interesadas. Francia ve un máximo peligro en la literatura: «Únicamente los muertos podrán escribir sobre los muertos». La literatura corrige la historia, verdadera o falsa, la recrea. Los personajes de historia o de ficción, no son dueños de su destino. Están en manos del escritor que puede reconducirlos a la realidad del relato, tal vez a la verdad. Por eso El Supremo, que se cree dueño de la historia y del tiempo, se revela contra el acoso del compilador, contra la verdad de la literatura que le descubre la alienación de su juego de poder, la contradicción entre su yo, con todas sus debilidades y un él, exterior, objetivo.

El Dictador es el señor de la República y su esclavo. Encarna un destino, no representa un cargo. Su misión es servir al pueblo. Vive con la única obsesión de un Jefe Supremo: «Proteger el bienestar común, la libertad, la independencia, la soberanía de la nación». Francia cumplió estos objetivos pero a un alto precio. No supo distinguir los límites de la justicia y la venganza personal, contra sus enemigos, y hasta con sus antiguos compañeros como Fulgencio Yegros. Su saña se hizo famosa y se extendió por todas las partes. Cuando en 1804, pidió la mano de Petrona de Zavala fue rechazada su pretensión con la acusación de ser mulato, que se repetiría en otras ocasiones. Hacia esta familia tendrá Francia un odio inextinguible, proyectado también a la clase social, a la aristocracia criolla.

Hacia 1820 había un gran descontento hacia el Dictador entre las clases privilegiadas de siempre: la aristocracia, el clero, los núcleos militares y la burguesía de los grandes comerciantes. Del pueblo llano, sin embargo, recibía su apoyo. Francia, bajo su mando Supremo, aspiraba a una república igualitaria. En el ejército, donde se fraguan las conspiraciones y golpes militares, suspenderá los grados medios y altos. Un militar a lo máximo que podía aspirar era a sargento. Cuando es descubierta la conspiración de 1820 sus promotores son ejecutados, entre ellos Yegros y Aristegui.

¹⁵ Julio César Chaves en el prólogo, op. cit.



Cavallero se suicida en prisión. Otros acusados como Iturbe, Echagüe y Machain serán también ajusticiados, después de quince años de prisión. A partir de 1820, Francia gobierna por el terror.

¿Cómo un lector de Rousseau y Montesquieu degenera en un dictador, en un sanguinario? Pueden buscarse explicaciones en su personalidad o en la dinámica de la historia. Su extraño carácter: sin amigos ni consejeros, encerrado en su palacio, con sus aficiones de estrellero y mago; su austeridad (sólo cobró la mitad de su paga hasta 1821 y luego nada); sus resentimientos y manías, sus odios. Sus cargos públicos abarcan desde que fue elegido alcalde de primer voto del cabildo de la Asunción (1808) hasta que es proclamado Dictador Supremo (1814) y Dictador Perpetuo (1816). Entre estos puestos fue síndico procurador, diputado electo por la provincia de Cádiz (otra falsa acusación de extranjero le impidió jurar el cargo). Según el biógrafo Julio César Chaves, el padre del Dictador no se sabe si era portugués, brasilero, francés o español¹⁶. Francia dirigió la revolución del 14 y 15 de mayo junto con Cavallero y Yegros. Formó parte de la junta presidida por Yegros (Congreso de junio de 1811). Cónsul de la República, Dictador Temporal y Dictador Perpetuo, Francia, hombre de estudio y no de espada, fue sin embargo un hombre de gran acción política. Muy ambicioso, amó el poder, al servicio de la patria y de sí mismo o el delirio. Las dictaduras, incluso la populista de Francia, se justifican como una salvación nacional o el gran sacrificio por el pueblo. Si el poder corrompe a quienes lo ostentan, el poder absoluto pudre las instituciones y corroe a sus mandatarios.

Francia es y se pierde en la quimera del poder absoluto. Identifica su yo con el Estado. Yo, el Supremo es la persona y la nación. Su justicia se mezcla con la libertad de la República, su venganza personal con el crimen de Estado. Antes que cualquier hombre, sea familiar, amigo (no los tiene) o ciudadano, están él y la Nación, José Gaspar y Paraguay, unidos, convertidos en historia o leyenda. Así se refleja en la novela de Augusto Roa Bastos. La única obsesión de un Jefe Supremo debe ser: «Proteger el bienestar común, la libertad, la independencia, la soberanía de la nación». Entre el Dictador y su pueblo no debe haber ningún poder intermedio. De ahí su idea de la sociedad igualitaria, sin títulos, grados o cargos: «Ninguna necesidad de un contrapoder intermedio entre Nación/Jefe Supremo. Nada de competidores». ¿Qué idea o qué sueño de sociedad y Estado tiene Francia? Aspira a la revolución continua: «La revolución revolucionaria no devora a sus verdaderos hijos». El Supremo se acerca a Robespierre y se aparta de su admirado Bonaparte que acabó con la Revolución Francesa, con sus principios de libertad, igualdad, fraternidad, en el consulado y el imperio, en su corte de mariscales, nuevos títulos y servidores agraciados. ¿Pudo Francia proclamarse rey o emperador? ¿Por qué no? Después de la independencia americana hubo emperadores en México o en Brasil. Francia era un hombre de ideas ilustradas, en este punto, más cercano a Robespierre que a Napoleón, su admirado.

¹⁶ Julio César Chaves, op. cit., pág. 25, donde se habla sobre los orígenes del doctor Francia.

La monarquía, como forma de poder, sin duda le repugnaba al Dictador, por el lujo y el boato de que habían hecho gala las cortes europeas, sobre todo la de Luis XVI y María Antonieta, causa de su perdición. Francia era una persona de rara austeridad que se exigía a sí mismo y a todos los demás, sobre todo a los magistrados y a los militares, a los que considera funcionarios superiores del Estado. Les prescribe «una forma de vida de total austeridad; la que yo mismo me he impuesto. Ni ustedes ni yo podemos poseer bienes de ninguna naturaleza. Celibato perpetuo para no dejar viudas les mando. Nos está vedado constituir nuestra propia familia, pues nos llevaría a favoritismos injustos». Fue mandato que Francia, en su República ideal del Paraguay, cumplió en sí mismo e hizo cumplir. Ni se dio privilegios, ni a su familia, ni los permitió en los demás.

El Supremo exige de todos el acuerdo a su programa revolucionario o mesianismo sin Dios, donde él ocupa el lugar del Creador; es el jefe absoluto y el padre. Quien no está de acuerdo con él, tampoco lo está con la República; es un enemigo privado y público, a quien le espera la prisión, tal vez la muerte. El régimen de terror, excepcional, se hace cotidiano, adquiere el valor de la costumbre; es una lucha administrativa. Todo lo sacrifica el Dictador al supremo ideal de mantener a la República lejos de las apetencias anexionistas de sus grandes vecinos, Argentina y Brasil. Los paraguayos deben a Francia su independencia pero también su aislacionismo secular. Es una libertad conseguida a muy alto precio, vigilada por el Dictador.

El Supremo quisiera dominar el tiempo y el espacio, pero sólo domina la geografía de su país, protegida por fuertes en las fronteras, la prisión de su Estado y su época. Quisiera encaramarse sobre la historia, saber más allá, en el futuro. Le preocupa el proyecto de su obra, su cumplimiento en tiempos venideros. Aquí es atacado por el autor de la novela, compilador de citas históricas y documentales, creador de su novela; sabe más que Francia, domina el tiempo histórico, proyectado, y el tiempo del relato. El Supremo es reducido a la prisión de su soledad, al fracaso histórico de su desmesurada empresa: «Pero construiste sobre ese laberinto otro más profundo y complicado aún: el laberinto de tu soledad. Jugador a los dados de la palabra. Tu soledad. Tu antigüedad. Llenaste, viejo misántropo ese laberinto de tu horror al vacío con el vacío de lo absoluto». Le critica su soberbia egoísta, la desmesura de sus pretensiones, la imposibilidad social, verdadera de su revolución, remedo, autocracia: «¿Creíste que la revolución es obra de uno-solo-en-lo-solo? Uno siempre se equivoca; la verdad comienza de dos en más...». El Supremo, con fama de estrellero o brujo, ha querido dominar el azar en la naturaleza (aprisionar el aerolito), vencer sobre el misterio o la religión, también sobre la ciencia, sacar al país de los caminos equivocados: «Me preocupa dominar el azar. Poner el dedo en el dado, el dado en el dédalo. Sacar al país de su laberinto». (Obsérvese la aliteración en la repetición del fonema «d»). El Dictador destruye el laberinto mágico pero crea un laberinto real, subterráneo de las prisiones. La libertad exterior, de la República, supone la negación de la libertad de los ciudadanos.

El Supremo lucha contra sus enemigos en el tiempo segmentado de su dictadura. Lucha con el tiempo venidero para adecuar sus proyectos a la realidad imprevisible. Lucha, sobre todo, contra el tiempo en la novela, acotado, corregido por el compilador. Se abre la novela con el pasquín autógrafo, remedo de sus decretos, caricatura y la voz airada del Dictador que clama contra sus enemigos desde la tumba; se cierra, en el momento de la descomposición, de la destrucción total y bajada a los infiernos. Al principio de la novela se oye la voz del Dictador: «Sacan panfletos, pasquines, libelos. Soy una figura indispensable para la maledicencia. Ahora se atreven a parodiar mis Decretos Supremos. Remedan mi lenguaje, mi letra, buscando infiltrarse a través de él». El Supremo, muerto, todavía vive en la memoria colectiva, mediante su obra y el terror, tratando de justificarse ante la historia y el discurso del relato. En las páginas finales, las condenas se suceden como una catarata de improperios: «Porque lo peor de todo, grotesco Arquí- loco, es que el muerto siempre y en todas partes sufre, por muy muerto que esté con mucha tierra y el olvido encima». ¡Perdiste tu aceite, viejo exteólogo metido a repúblico!». «No pequeña momia; la verdadera Revolución no devora a sus hijos. Únicamente a sus bastardos». «Las larvas seguirán pastando en tus despojos tranquilamente». «¿Qué tal, Supremo Finado, si te dejamos así condenado al hambre perpetua de comerte un güevo, por no haber sabido...».

Yo, el Supremo, según aclara Roa Bastos en la nota final, es un libro basado en numerosísima documentación y años de trabajo que ha sido leído primero y escrito después. El autor más que un libro particular, lo considera un libro colectivo. Recoge la memoria histórica, la re-escribe, la reordena en el tiempo del relato. Roa Bastos se ha basado en la historia y en la biografía de José Gaspar Rodríguez de Francia para escribir una novela. La historia que en ella debió ser narrada no ha sido narrada. La ficción se impone a la historia. Los personajes recobran en el tiempo del relato una vida ficticia, acaso verdadera. El Supremo, es recreado en su época y se proyecta hasta la actual. En el juego de perspectivas, no es la figura grandiosa y terrible de su tiempo, imitada de Robespierre, admirador de Napoleón. Cercado por la documentación del compilador, prisionero en su laberinto de notas, manejado por los hilos del creador-novelistas, es una caricatura pero también un personaje de ficción. En la historia está muerto, condenado a su estatua, a los tópicos del panegirista y contemporáneos. Augusto Roa Bastos desde su novela, le ha re-creado. Lo ha hecho vivir desde la muerte a la nada (a la descomposición). En el juego de perspectivas ha colocado al dictador en su sitio, rebajándole de la gloria falsa, sustentada en el poder absoluto y en el terror, a la caricatura del fracaso real, la descomposición. Del Supremo Dictador al Supremo Finado. Sin embargo, por obra de Roa Bastos, Francia, que era un siniestro personaje de la historia y la leyenda, es también ahora un personaje de ficción.

Amancio Sabugo Abril